

TERAPÉUTICA.

Proflaxis y tratamiento del tifo.

POR EL DR. G. MENDIZÁBAL.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Estando sobre el tapete de la discusión en esta docta Sociedad todo lo concerniente al estudio del tifo éxantemático, que reina endémicamente en la capital, con exacerbaciones epidémi-

cas periódicas, que suelen, como la presente, revestir alguna importancia y gravedad, espero que encontraréis oportuno llenar mi turno de lectura, ocupándome de la profilaxis y del tratamiento de esta enfermedad, que tantas y tan escogidas víctimas suele hacer en sus reiteradas exacerbaciones.

Siendo esta una enfermedad cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, á juzgar por las descripciones que de ella hacen Hipócrates, Aetius y Aviceno, y haciendo estragos desde tiempo inmemorial en algunos lugares de Europa, como Irlanda y Silesia, de donde ha salido muchas veces para hacer mortíferas incursiones en el viejo mundo; siendo, además, con frecuencia, el azote de los ejércitos en campaña, donde, como en la de Crimea, morían en el ejército francés y en el ruso más de la mitad de los atacados, y en alguna ocasión, según refiere el doctor Goult, sólo se salvaron 5 de 400 atacados de esta pirexia, se comprende que el estudio del tifo exantemático haya sido objeto del más prolijo estudio de los hombres de ciencia, y que su tratamiento haya preocupado profundamente á los médicos de todos los tiempos.

En la capital, donde como antes expreso, reina endémicamente esta plaga, y tiene frecuentes y periódicas exacerbaciones epidémicas, el estudio del tifo ha estado siempre á la orden del día en el seno de todas las agrupaciones médicas que han existido, y muy especialmente en el de esta Academia de Medicina, en donde, desde su primera época, allá por el año de 1836, surgieron las memorables é interesantísimas discusiones que acerca de la verdadera naturaleza y mejor tratamiento del tabardillo, sostuvieron con gran acopio de juiciosas observaciones clínicas, recogidas con claro talento, con profunda instrucción y buen sentido práctico, médicos mexicanos como nuestro inolvidable maestro D. Miguel Jiménez, D. Francisco Vértiz, D. Manuel Carpio, D. Joaquín Villa, D. Pedro Escobedo, D. Ignacio Erazo, D. Casimiro Licéaga, y médicos extranjeros aquí residentes, no menos estudiosos, entendidos y abnegados, como Jecker, Villette, Galenzouski, Hegewich y Jourdanet.

Iniciada la actual, la segunda época de la Academia de Me-

dicina, gran parte de sus trabajos fueron consagrados al estudio del tifo, siendo muy interesantes las sesiones que le consagró en los años de 1864 y 1865, en los que figuraron por su importancia y su precisión, los trabajos y observaciones de D. Miguel Jiménez, del Dr. Carmona y Valle, de Jourdanet, de Villagrán, de Hidalgo Carpio, de Claudel, del Jefe del Cuerpo Médico Militar del ejército francés Dr. Ehrman, y otros muchos.

De entonces á la fecha, excepcional ha sido el año en que no haya aparecido alguna memoria sobre el tifo, ó en el que no haya habido alguna discusión consagrada al estudio de esta enfermedad.

En Agosto del año de 1879, la Academia expidió una gran convocatoria á todos los médicos de la República, invitándolos á presentarle el mayor número de datos y observaciones que hicieran adelantar el conocimiento de la naturaleza, etiología y profilaxis del tifo, instituyendo premios pecuniarios y recompensas honoríficas á los que mejor llenaran los requisitos de la convocatoria, á juicio de una comisión permanente, llamada del tifo, formada por cinco miembros que nombró de su seno.

Once médicos acudieron al llamado de la Academia, enviándole memorias de positivo interés, resultando acreedores al premio de cien pesos, las de los Dres. Egea y Galindo y Morales Pereyra Samuel, y á la medalla de bronce, llamada del tifo, las de los Dres. Ainich, de San Juan Bautista; I. Montañó, de Calpulalpan; M. Trejo Fontanel, de San Miguel; R. G. Flores, de Guadalajara; R. Egea y Galindo, de México; A. Martínez, de México; Harmann, de Mazatlán; O. Galván, de León; Ponce de León, de Culiacán; Morales Pereyra, de Puebla, y P. Puech, de Tlacotalpan.

Cada recrudescencia epidémica, y, como se sabe, éstas vienen, cuando menos, cada ocho ó diez años y á veces con más frecuencia, la Academia de Medicina que ha estado siempre sobre la brecha, da el grito de alarma y procura reanimar el fuego sacro, nunca extinguido, y acude al saber y al patriotismo, no sólo de sus miembros, sino de los médicos todos de la República, buscando su cooperación, sus consejos, sus luces para luchar con

más éxito, disminuir los estragos que esta plaga nos ocasiona y poner fin, si posible es, á sus depredaciones.

En el período de sesiones del presente año, y con motivo de la epidemia actual que comenzó á extinguirse, siguiendo la curva que ordinariamente afecta, epidemia cruel, aunque no de la magnitud y gravedad de la que sufrimos los años de 1892 y 1893, cabe al Sr. Dr. D. Ignacio Prieto la honra de haber venido á despertar el interés de nuestras sesiones, trayendo al debate cuestiones de grande importancia, con un trabajo que ha dado y dará origen á otros muchos no menos interesantes, que traerán un precioso contingente para decidir, quizá de una vez, el importante problema que al mundo médico preocupa, dando á conocer al agente patógeno del tifo. Si el Sr. Prieto no resuelve la cuestión, la ha planteado al menos, la ha traído al debate; procede con honradez científica, con sinceridad y con loable empeño, y ha logrado llamar la atención del Supremo Gobierno, quien, con el celo que le conocemos por el bien público, y el buen nombre del país, ha puesto á disposición de la Academia una suma no despreciable para estimular y premiar los trabajos que lo merezcan á su juicio.

A la envidiable y feliz altura que ha alcanzado la ciencia en nuestros días, no sería nada extraño, ni causaría mayor sorpresa que alguien de los que vienen trabajando ya de tiempo atrás y que trabajarán con más ahinco, sin duda, en lo sucesivo, llegue á la meta suspirada. Así lo desean, sin duda, los hombres de ciencia todos, muy particularmente los mexicanos y con especial motivo los miembros de esta Academia, que bien quisiéramos que de su seno brotara esta luz que honraría tanto á México, y beneficiaría extraordinariamente á la humanidad.

La profilaxis del tifo ha sido una de las cuestiones que más seriamente ha preocupado á la Academia. No hay tomo de sus Anales donde no se registren largas y serias discusiones acerca de la materia. Entre otros muchos trabajos que yo recuerdo, hay uno del Dr. Lobato, en el tomo XII, correspondiente al año de 1877, en el que señala acertadamente las medidas que habrían que tomarse para librar á México de este azote, en época,

como se comprenderá, en que la higiene pública y privada dejaban tanto que desear. Posteriormente, en el año de 1889, los Dres. Juan J. Ramírez de Arellano y su hermano D. Nicolás, presentaron un luminoso y completo dictamen, señalando, con mano maestra, los defectos culminantes de la vida en la clase pobre de la capital, indicando los medios de remediarla y precisando minuciosamente los cuidados y precauciones que deberían tomarse para evitar el contagio y restringir, hasta donde fuera posible, la esfera de acción de las epidemias de tifo.

De entonces acá, mucho han mejorado las condiciones higiénicas en la ciudad. Las costosísimas, pero indispensables obras del saneamiento emprendidas por el Gobierno, no sólo la han embellecido, sino que la salud pública ha ganado, como lo demuestra la estadística con la lógica inflexible de los números; pero aun falta mucho que hacer, porque el drenaje no abraza todo el perímetro de la ciudad, y es insuficiente el agua, elemento primero de la vida y de la higiene de un pueblo. Tendremos pronto el precioso líquido en cantidad abundante y con las condiciones de pureza debidas; mejorará entonces más, sin duda, la salud pública; puede que entonces el tifo sea también más benigno y las exacerbaciones periódicas menos frecuentes; pero no hay que hacerse la ilusión de que desaparecerá, porque quedan en pie muchos factores del problema que no es fácil resolver por el momento. El tifo es una enfermedad que nace y se ceba en la pobreza, en el hacinamiento, en el desaseo, en el seno de todo lo que engendra la miseria fisiológica; si á todo esto agregamos los vicios que enervan y ponen al organismo en estado de mejor receptividad para todos los gérmenes patógenos, tendremos, como es de temer, por muchos años más, los focos del tifo y de otras muchas enfermedades infecciosas, en las últimas clases de nuestro pueblo, á quien no es fácil sacar, con buenos deseos ni consejos, del antro de abyección en que vive.

Parodiando el remedio que un célebre publicista mexicano daba para combatir los vicios de nuestro pueblo, podríamos decir que sólo dos elementos cortarían de raíz el mal. Carne y alfabeto. Mejorar su condición económica y educarlo, y esta no es

obra de un día sino la perseverante de muchos años, de mucho dinero y de mucha y buena voluntad.

Se dice que el tifo es una enfermedad propia de las alturas y como tal, muy difícil de extirpar en México. No creo sea esto cierto, porque Cork, Dublín y otras muchas poblaciones de la Verde Erin, están casi al nivel del mar y han sido terriblemente azotadas por esta fiebre. Filadelfia, en la Unión Americana, está en iguales condiciones y ha sufrido crueles epidemias.

Muchas poblaciones de nuestra tierra caliente situadas á pequeñas alturas sobre el nivel del mar, como Huimanguillo, en Tabasco; Papantla, en Veracruz, y Pichucalco, en Chiapas, han sufrido serias invasiones; pero allí ha sido posible extinguir el mal, porque la gente más pobre vive en casas amplias y ventiladas, come, se viste y se baña.

El día en que los pobres de la capital, mejor educados, acaten los preceptos más triviales de la higiene privada, tendrán más necesidades, y para satisfacerlas trabajarán y tendrán menos vicios; querrán vivir como gente civilizada, y vendrán, sin duda, en su auxilio, las obras filantrópicas; propietarios ó sociedades organizadas como existen en todas partes del mundo para proporcionar al obrero casa barata é higiénica, y entonces sólo podemos esperar que esa espada de Damocles del tifo, deje de estar suspendida, como eterno amago sobre las cabezas de los habitantes de la Metrópoli.

Está plenamente demostrado que poco transmisible el tifo, á mi juicio, lo es, sin embargo; que ya de modo directo ó indirecto, inmediato ó mediato ó de ambos modos, como pasa con la tuberculosis, por ejemplo, puede propagarse. No conocemos el germen animado que lo engendra; pero por analogía, por su marcha y esa misma posibilidad de transmitirse, sabemos que es una infección, que es una intoxicación, una toxemia microbiana de origen vegetal ó animal, que debe contar, como todos los seres de la vida, con un medio seguro de vivir, multiplicarse y conservar la especie. No conocemos el microbio del tifo, pero tampoco conocemos el de la rabia, el de la escarlatina, del sarampión, la viruela y otras muchas enfermedades, cuya natura-

leza microbiana nadie pone en duda. ¿Pertenece el tifo á la serie de infecciones cuyo germen específico es de las llamadas, hasta ahora invisibles, porque son demasiado pequeñas y no alcanzan nuestros medios de amplificación á descubrirlos en el campo del microscopio? ¿ó porque no se han descubierto hasta ahora los medios de colorarlos, ó porque falta aún algún detalle de técnica no ideado? Posible es todo esto, pero el tifo es, sin duda, una infección parasitaria, y los germenés que lo engendran, ó salen en los esputos, moco nasal ó laringe, con las deyecciones intestinales ó por la transpiración cutánea, y en este caso, pueden transmitirse directa é inmediatamente como algunos han creído.

Expulsadas con estos productos, se desecan y mezclan al polvo formando ya parte del medio cósmico que nos rodea é infectan mediatamente al que lo respira, ó caen en razón de su gravedad en el suelo, que es el gran receptáculo, hasta cierta profundidad, 1 metro 30 centímetros, de todos los gérmenes morbosos, y de allí pueden tomarse al removerse la tierra ó son arrastrados por las corrientes de agua superficiales ó profundas.

Este, que podríamos llamar cielo de microbios patógenos, tan bien conocidos en nuestros días, ha sido perfectamente utilizado por la higiene para impedir la propagación de las enfermedades infecciosas, persiguiendo sin tregua el polvo, filtrando escrupulosamente las aguas potables y cubriendo el suelo con capas impermeables que le impiden constituirse en depósito de microorganismos patógenos.

Mas ni en el aire, ni en el agua, ni en el suelo tienen muchos de éstos, infinitamente pequeños, asegurada su vida y su reproducción maravillosa; allí se encuentran con los agentes físicos, luz, calor, etc., que los matan; se encuentran con saprófitos que los destruyen; para asegurar su pululación y su vida, buscan el abrigo, la humedad y el calor necesarios, en las cavidades del organismo humano ó en las de otros seres de organización inferior y viven como huéspedes, mucho tiempo inofensivos, en nuestros vestidos, en nuestra piel, mucosas nasal, faríngea, laríngea y sobre todo, en el tubo digestivo, que alguien ha llamado, y

con razón, el paraíso de los microbios, pues en un milímetro cúbico de materias contenidas en el duodeno se han encontrado 100,000 bacterias, y hay quien haya calculado que el número de microbios distribuido en todo el tubo intestinal, pasa de 400 millares de millones, y que cada día se expulsan en las heces fecales de 12 á 14 millares de millones de ellas.

La mayor parte de estas bacterias son, como sabemos, necesarias para los fenómenos de la fermentación digestiva; la mayor parte son saprófitas, pero al lado de ellas viven el bacillus coli, el estreptococo, el estafilococo, el pneumococo y otros muchos que, en estado de parasitismo latente, no hacen daño alguno al organismo, hasta que por alguna circunstancia particular, aumentan su virulencia ó disminuye la resistencia del organismo que las hospeda.

¿No podría encontrarse el germen patógeno del tifo en este caso, é infectar al organismo en cualquiera de las muchas condiciones que lo debilitan, como el hambre, el hacinamiento, las malas condiciones higiénicas en que se vive, las depresiones morales, los enfriamientos y otras muchas causas que disminuyen la resistencia orgánica y aumentan la receptividad á todo género de infecciones endógenas ó hexógenas? Esta era la idea de Pasteur refiriéndose al tifo.

Así nos daríamos cuenta de muchos hechos de difícil explicación, como el siguiente: Llega un ejército á un pueblo que tiene las mejores condiciones higiénicas. Nunca se ha conocido allí el tifo. El estado de salud de la tropa es excelente. Nadie viene de lugares donde reina endémica ni epidémicamente aquella pirexia. Aquel cuerpo de ejército es sitiado en el pueblo; los soldados están acuartelados en casas, mesones, etc., donde se encuentran hacinados y en malas condiciones de higiene, ó acampados al aire libre, sufriendo los rigores de la intemperie; les escásean los víveres, el agua á veces; viven en continua alarma, desvelándose todas las noches en espera de un asalto; pronto aparece entre ellos el escorbuto, la disentería ó alguna otra de estas enfermedades, llamadas y con razón, tifógenas, porque preceden á la aparición del tifo, ó se presentan los primeros casos de éste

sin aposentadores. Admitida como dogma científico en nuestros días, la especificidad morbosa, y negada en lo absoluto la espontaneidad generadora, por aquello de *omnis cellula é cellula* de Wirchow. Sólo podríamos explicarnos el caso, admitiendo la existencia del germen animado de tifo en estado de microbismo latente, en los individuos en quienes hizo presa después la mortífera epidemia.

Ya sabemos que con un solo individuo en quien se desarrolle la enfermedad por alguna de las causas enumeradas, basta para que se encienda una epidemia, transmitiéndose por los múltiples medios que se conocen, no sólo y con mucha razón entre los que se encuentran en condiciones parecidas, sino hasta entre los que gozan de la mejor salud y se hallan fuera de las causas predisponentes que originaron la irrupción de la enfermedad.

El conocimiento de estos hechos hace al progreso moderno preocuparse tanto de la semilla, es decir, de los microbios, como del terreno que éstos pueden invadir y enfermar; el individuo: manteniéndose éste fuerte y vigoroso, rechaza las infecciones que le asedian constantemente en el medio cósmico en que vive, é impide las que pudieran desarrollarse en el seno mismo de su organismo, como consecuencia de algún trastorno en la vida celular.

De cualquier manera que el tifo nazca y como nos son desconocidas hasta ahora las vías y modos de transmisión, deben acatarse las recomendaciones y medidas que la higiene moderna preceptúa y que por muy conocidas omito mencionar.

No creo lejano el día en que desaparezcan el temor infundado y el pánico exagerado que se apodera de las gentes que tienen en su casa ó entre sus amistades un enfermo de tifo. Es de esperarse que á ejemplo de la Comisión Americana que con una abnegación rayana en el heroísmo buscó y encontró en los campamentos de la Habana los medios de transmisión de la fiebre amarilla, habrá quienes entre nosotros, desentendiéndose del germen patógeno del tifo, busquen en el seno de la más rigurosa experimentación, los caminos de la transmisibilidad de nuestro tabardillo, y con esto habrán prestado un servicio in-

calculable á la higiene preventiva, que creo debería estimarse en todo lo que vale y premiarse con la mayor liberalidad, y si desgraciadamente no lo encuentran, recompensar también sus esfuerzos, crear premios de estímulo como el Senado y el pueblo romano decretaban los honores del triunfo á los soldados vencidos que nunca desesperaron de vencer.

*
* * *

¿Cómo se ha curado el tifo entre nosotros? ¿Cómo se cura actualmente? Hacer la historia del tratamiento del tifo aquí y en los demás pueblos de la tierra donde ha reinado endémica ó epidémicamente, sería hacer la historia de las evoluciones que ha sufrido la medicina en el curso de los tiempos, de los diversos sistemas y teorías irremediables, pero que tanto mal han hecho á la ciencia, porque no sin razón nos decía Hipócrates: *Ars medica est in quod est propter therapeuticen.*

Sabemos cómo se curaba y cura el tifo entre nosotros, algo por tradición, ó por lo que hemos leído, algo que vimos y mucho que estamos viendo y aun practicando. Nuestros inolvidables maestros D. Miguel Jiménez y D. Rafael Lucio nos referían que sus antecesores, los médicos que ejercían cuando la epidemia de los años 1812 y 1813 del siglo pasado, acérrimos defensores del Broussaísmo entonces reinante, trataban á sus enfermos con tónicos, caldos succulentos, hechos con gallina de edad, café, vino, aguardientes de caña y mezcal, y confesaban una mortalidad de 80 por ciento.

A D. José Ignacio Durán, aquel genial entendido y discreto médico que tuvo muchos años como Director nuestra Escuela N. de Medicina, le oí referir que en la epidemia del año de 1824, época en que ya se resumía toda la patología en la doctrina de la irritación, y que desencializando las enfermedades, se las quería localizar, haciendo de la inflamación, por la voz tan acreditada entonces del gran reformador, del médico militar Broussais, la llave maestra de toda la nosología; él, en unión de sus compañeros Marín, Valenchana y Escobedo, habían recu-

rrido al método antiflogístico en boga, y con tan buena suerte, que no habían perdido más de un 33 por ciento de los pacientes que se pusieron en sus manos.

El severo y concienzudo profesor de terapéutica y farmacología, D. Ignacio Erazo, contaba á sus discípulos, que la sangría que siempre prescribió con cierta largueza á sus muchos enfermos que trató en las epidemias de 1835 á 1839, le habían permitido salvar á un 92 por ciento de sus clientes, y que el doctor Villa, su contemporáneo, usó con igual éxito largos y repetidos baños fríos, amplias lavativas también de agua fría, y abundante agua fría á pasto como bebida.

Refiriendo lo que yo empecé ya á ver en el servicio de la sala que atendía el Dr. Jiménez D. Miguel, en el hospital de San Andrés, sala que tuve á mi cargo como practicante, diré, lo que tal vez algunas de las personas que me escuchan saben también; que el tratamiento seguido por aquel insigne clínico en los tifosos, que abundaron por cierto el año de 1867, cuando á la caída del Imperio entró á la capital el ejército triunfante de la República, era ya un tratamiento ecléctico, racional, basado mucho en la observación é instituido por un médico que, haciendo á un lado los sistemas, procuraba y atendía más que á la enfermedad, al enfermo.

No era de extrañar á los que conocíamos las dotes de nuestro maestro, máxime cuando nos llegaban ya de Europa los tratados del gran Bernard, quien supo infundir á la medicina la nueva sangre que le trajo el método experimental, y en cuyas manos esta experimentación y el laboratorio adquirieron enorme importancia y pusieron el cimiento incommovible de los grandes descubrimientos que, con Pasteur, vendrían años después á revolucionar el arte de curar.

Ya Liebermeister y Brand preocupándose de lo que llamaban consunción febril, preconizaban los tónicos, sobre todo la quina y sus derivadas, resucitaban la balneación, fría también, empleada por Briquet, Monneret y Légroux, así como por Russ, quien, por primera vez, aconsejó el uso del ácido salicílico.

D. Miguel Jiménez se inspiraba mucho en Graves, pero tam-

zaba por su recto criterio las ideas del célebre médico irlandés, tan perito en asuntos de tifo. No podía, ni era fácil, como le pasó al mismo Graves, desacirse bruscamente de las seductoras teorías y cacareados éxitos del agonizante imperio del filosofismo Broussaísta; pero usaba ya de él en mínimas proporciones. Sangraba alguna vez á individuos marcadamente sanguíneos y pletóricos; propinaba un vomipurgante cuando la indicación existía; recurría con frecuencia á las emisiones sanguíneas locales, aplicando sanguijuelas en la región mastoidea; administraba el tártaro emético, á dosis de 15 ó 20 centigramos diarios cuando más; asociaba el tártaro al opio, como Graves, en las formas atáxicas; era partidario del almizcle, del alcanfor, de la esencia de trementina en las formas ataxo-adinámicas, y con discreción recurría á los vejigatorios en la nuca y pantorrillas, con la triple indicación que Graves les asignaba, de evacuantes, revulsivos y tónicos, en los diversos períodos de la pirexia. Prescribía baños tibios, difícilmente aplicables con el escaso y defectuoso servicio de entonces; pero no era ya el sistemático de los tiempos pasados, había muchos enfermos que con su purgante de sulfato de sósá al principio, repetido si la indicación lo requiría, su naranjate con crémor, su vino de quina, enemas laxantes y dieta de atole, pasaban felizmente esas formas que suelen caracterizar toda una epidemia por su benignidad, y que ocurren frecuentemente aun en el curso de las más graves epidemias.

Mientras más transcurren los años y más se esfuman y desvanecen y se borran los hechos triviales de la vida pasada, más se agigantan y se encienden y parecen colorarse y animarse los que nos preocuparon en los primeros años de la vida. Después de 36 años de lucha profesional, me parece más grande cada día la figura de aquel gran clínico que se llamó Miguel Jiménez, de aquel hábil terapeuta, que dados los elementos de su época, dado, sobre todo, el lamentable atraso en que se hallaban los conocimientos del modo de obrar de la acción de las medicinas sobre el organismo y sobre las funciones, de la farmacodinamia, en una palabra, llenaba la indicación terapéutica, teniendo en cuenta las principales modalidades de la enfermedad,

sin olvidarse del estado morbosos mismo, así como de las reacciones que excitaba, y ante todo, del terreno en que se desarrollaba, sin olvidarse nunca del enfermo.

Era, sin duda, un hombre de ciencia firme, sus conocimientos eran vastos; pero á la cabecera del enfermo, el valor de la ciencia se subordinaba al sentimiento del artista; tenía un tacto y una intuición verdaderamente geniales y poseía una facultad individual, acrecentada, sin duda, por la experiencia, que le permitía ver las cosas tales y como eran en la realidad objetiva del organismo enfermo.

Sabía mucho, pero en la manera de llenar una indicación tenía ideas originales é inesperadas resoluciones que revelaban ese *quid divinum* que inspira y arranca decisiones cuyo móvil no podría inspirar el más sereno razonamiento científico, acreditando la verdad de aquella frase de Pascal, que tendía á demostrar que no siempre la revelación de la verdad es fruto de la razón. "El corazón tiene razones, decía, que la razón no conoce," ó como dijo después Bernard: "El hombre puede más de lo que sabe."

La ciencia de curar no vale, en efecto, sino por el alcance del juicio que la conduce, y este juicio es, casi siempre, la expresión de cualidades originales que madura la ciencia y afirma la observación prolongada y atenta de los enfermos.

Cuanta veces en la vida de estudiantes, admirábamos aquella intuición, aquel caudal de experiencia, mejor dicho, aquella virtuosidad que sólo poseen los que han luchado cuerpo á cuerpo con las innumerables complejidades de la práctica; pero cuánto más la admiramos después, al encontrarnos frente á los primeros enfermos, con la cabeza llena de tipos morbosos didácticos y esquemas de medicaciones; con la memoria cargada de fechas, de fórmulas y teorías, y sintiendo la fragilidad de una erudición tan duramente adquirida y el peso de una responsabilidad, al tomar en nuestras inciertas manos y en nuestra vacilante conciencia la suerte de una vida humana.

Y cuántas veces vino á nuestro auxilio, en tan críticos momentos, el recuerdo de una máxima, de un principio, de un

consejo que escuchamos de los autorizados labios del gran maestro, del gran clínico, que poseía, á la vez que la ciencia que da la base, los elementos del juicio, el poder y el arte de juzgar, que sólo se adquieren con la educación del tacto, por la experiencia y la gran fe que aquel hombre tenía en la ciencia, basada en la experiencia misma.

Perdonadme, señores, esta digresión; pero cómo hablar de algún asunto de clínica terapéutica que se refiera al tifo sin evocar la memoria de D. Miguel Jiménez, sin consagrarle un recuerdo, sin pagar, aunque sea después de tantos años, una deuda contraída con el venerable maestro que abrió mi carrera, y de quien procuré tomar tanto las ideas generales de mi vida científica, como el ejemplo en que hubiera querido inspirar mi práctica médica.

*
* *

Caído en olvido completo el Broussaísmo, la terapéutica del tifo se apartó por completo del camino agresivo y se conformó con seguir y aconsejar una expectación prudente, convirtiéndose en puramente sintomática, que es la confesión más completa de su impotencia, como dice Thoinot, hasta que se despertó de nuevo la reacción encabezada por Brand, por Briquet, Mornneret, Horn y Légroux, resucitando la balneación fría ya recomendada desde el siglo XVIII por Wright y Currie, en Escocia; por Giannini, en Italia; por Portal y Recamier, en Francia, y aun se comenzó á hablar ya de la antipiresis, proporcionada por estos medios.

Florezían ya los trabajos de Bernard en Francia, y los del gran pyretólogo Liebermeister en Alemania, y éstos sostuvieron que la calentura es el enemigo principal que había que combatir y la causa única de todos los desórdenes que originan en el organismo las fiebres. Arrastradas las opiniones en el mundo médico por tan poderosas autoridades, no se perdonó medio de llegar al objeto deseado; y se apoderó de los médicos una verdadera termofobia, y los farmacéuticos y químicos inundaron la terapéuti-

ca de pretendidos é infalibles antipiréticos. Se echó mano de la digital, del alcohol, de la quinina y de la veratrina en lo que podríamos llamar el primer período.

Vino un segundo, en el que se hablaba ya de infecciones y microorganismos, y como el medicamento que mejor hizo sus pruebas en el primer período, fué la quinina, á quien se concedieron virtudes antisépticas, apareció un nuevo grupo de medicamentos antisépticos que obraban también como antipiréticos y tuvimos el fenol, la resorcina, el salicilato de sosa, el xilol, el thimol y otros muchos.

El tercer período ha sido el más fecundo; abraza la innumerable serie de los productos de la química sintética moderna que comienza con la quinolina y la kairina, y acaba, y me refiero á hace seis años, con el piramidón.

Tanto en Europa como entre nosotros, los médicos ensayaron, y algunas veces *larga manu*, el tratamiento del tifo con los que pretendían llamarse antipiréticos, porque se les asemejaba á la quinina y se les concedía, no la simple virtud de bajar la temperatura, sino de combatir la causa de la fiebre. Si no se logró el resultado, cada período, hay que confesar, que nos dejó algo bueno y que ha enriquecido, aunque con distintas aplicaciones, la terapéutica; el segundo período nos dejó un verdadero específico para el reumatismo, el salicilato de sosa; y el tercero, nada menos que ese interesante grupo de medicamentos, hasta entonces desconocidos, los analgésicos. Pretendían, como bien sabéis, los termóforos, que la calentura era la causa eficiente de los desórdenes de la circulación, de la inervación y de la nutrición; que era la causa de las degeneraciones ciroas musculares y de las degeneraciones viscerales; que aumentaba siempre las oxidaciones, y que abatiendo la temperatura, se impedían, por lo mismo, todos estos desórdenes, causa inmediata ó mediata de la muerte.

Para lograrlo, recurrieron á las substancias comprendidas en el primer grupo de antipiréticos; pero no obteniendo el inmediato resultado que esperaban, pues sabido es que la quinina, por ejemplo, sólo es un verdadero antiperiódico, ó por mejor decir, un antitérmico específico, cuando se trata de la fiebre intermiten-

te; acudieron al segundo y por último al tercer grupo donde se encontraron con el ideal, la antipirina, medicamento nervino que ejerce una acción correlativa sobre la sensibilidad y sobre la temperatura; que tiene una influencia moderada sobre el sistema nervioso; que disminuye las oxidaciones y por lo mismo los cambios orgánicos y la actividad celular, y como estos desórdenes se atribuyen á los microbios y á sus toxinas, llegó á creerse que la antipirina y sus congéneres eran verdaderamente antimicrobianos y que podían servir, por lo mismo de base, á un tratamiento etiológico y patogénico.

Como estos principios venían á conmover hasta en sus cimientos el dogma profesado desde la más remota antigüedad, de la virtud saludable de la fiebre, y como la era de Pasteur ha venido á imprimir un sello científico y á rejuvenecer el humorismo Hipocrático, natural fué que enarbolando estas nuevas doctrinas, saliera un grupo á combatir las anteriores, y se formara una escuela que podríamos llamar como antagónica de aquellas, termófila, y al frente de este nuevo grupo, se encuentra uno de los más conspicuos fisiologistas alemanes de la Universidad de Bonn, un gran filósofo además, Pflüger, quien comenzó recordando que Asclepiades había dicho que la fiebre es un acto que purifica; que Hipócrates y Boechaa ve creyeron siempre que la fiebre es una reacción vital, un esfuerzo de la vida para rechazar la muerte; que Schonlein, fundador de la Escuela Clínica alemana en el siglo pasado, sostuvo que "todo lo que tiende á paralizar el impulso ó la marcha de una enfermedad febril aguda, que todo lo que se emplee para abreviar su curso, es pernicioso." Pflüger, concluía diciendo, que uno de los fenómenos vitales más apropiados á las necesidades del organismo en su lucha con los agentes infecciosos, es la hipertermia, que esta hipertermia es la que pone al organismo en estado de oxidar, de quemar las sustancias nocivas y los fermentos, y permite recobrar la salud purificándola con el fuego.

Para los sectarios de esta escuela, la hipertermia excita los combatientes, los defensores del organismo y extermina los intrusos; aumenta el fagocitismo; refuerza la resistencia á substan-

cias tóxicas determinadas; tiene una influencia deletérea sobre la vida, multiplicación y funciones vitales de los microbios; cambia la estructura molecular de los fermentos y de los productos tóxicos microbianos é influye sobre la producción y multiplicación de sustancias bactericidas y antitóxicas y como la *vis medicatrix natura* de Hipócrates, fondo de toda medicina naturalista, es el alma madre de las teorías patogénicas modernas, como dice Bouchard, concluyen los termófilos, recordando que la naturaleza es el primer médico de las enfermedades y que sólo favoreciendo sus esfuerzos como creía el Hipócrates inglés Sydenham, se puede obtener algún éxito; que sólo obedeciendo á esta naturaleza puede un hombre llamarse médico como sostenía Baglivi, *Medicus natura minister, non imperator*.

Con todas las exageraciones, tratándose al menos de los procesos febriles, seduce más esta doctrina que la anterior. La fiebre, sin duda, es una reacción de los seres vivos inherente á su organización, á su mecanismo; en la gran mayoría de casos no hay que temerla, no hay, por lo mismo, que combatirla, es un signo del determinismo y de la finalidad, al cual obedecen todos los seres vivos. No es la causa de los desórdenes que sobrevienen en los órganos; es el grito de alarma, es una de las manifestaciones de reacción del organismo enfermo; pero llega un momento, digan lo que quieran los termófilos, en que por sí sola amenaza la vida, en que causa molestias y sufrimientos al paciente, en que agota la energía del cuerpo humano; nos encontramos á veces frente á un tifoso con temperatura de 40 á 41 grados, con aceleración enorme del pulso, incontable á veces, falta de amplitud y de resistencia, con diarrea excesiva, con depresión nerviosa, inconsciente y con delirio, próximo á un colapso letal: ante ese cuadro ¿seguimos confiándonos en los esfuerzos inteligentes de la naturaleza? ¿Seguimos de mudos espectadores y nos echamos en brazos del nihilismo, que es una de las formas de la religión de la fatalidad?

Los termóforos han quedado confundidos, porque ha sido demostrado, hasta la evidencia, que no es la fiebre causa sino efecto; que no es la productora de los desórdenes que deja un pro-

ceso febril en el organismo y que durante estos procesos febriles, en su período de gravedad, disminuyen las oxidaciones y los cambios orgánicos, y que sus pretendidos antipiréticos, con el tipo ideal ó la cabeza: la antipirina, van siempre obrando en favor y no en contra de la causa que hoy conocemos como termógena, de la infección originada por los microorganismos y sus toxinas. La antipirina, en efecto, abate los cambios orgánicos y disminuye las oxidaciones, deprimiendo el sistema nervioso, centro de las funciones de regulación, nutrición y circulación, que interesa tanto conservar, y justamente estos antitérmicos, haciendo abstracción de su acción más ó menos deletérea sobre la sangre, obran deprimiendo, paralizandolos centros reguladores térmicos del sistema nervioso. La antipirina deprime, como nos consta, el corazón y presta así una eficaz ayuda á las toxinas cardio-paralizantes; abate la capacidad funcional del hígado, que es uno de los mejores órganos de defensa, y obstruye á veces el riñón, órgano importantísimo y puerta de salida de tantos productos nocivos, fabricados por las bacterias patógenas y por el organismo mismo.

Todas estas demostraciones hechas experimentalmente por Achard, por Binet y sobre todo por Alberto Robin, vinieron precisamente en los momentos en que nuestros prácticos, tratando el tifo por la antipirina y sus congéneres, observaban que en nada modificaba la marcha y duración de éste; que con bajas temperaturas, artificialmente obtenidas por este medio, evolucionaba y muchas veces fatalmente la enfermedad; que sobrevenían á menudo, colapsos mortales, y que cuando el organismo era bastante enérgico y valiente para luchar con la infección y la medicina y triunfaba, las convalecencias eran más lentas y penosas que de ordinario, porque la reacción tiene que ser una ley física, igual y contraria á la acción, y el organismo debilitado, no podía reaccionar tan enérgica y prontamente como es debido; quedaban taquicardias y bradicardias, largas y penosas, vértigos frecuentes y una dificultad notable para recobrar las fuerzas, que no es común en la convalecencia del tifo.

¡Pasada y por fortuna la boga de este tratamiento del tifo, por

esta forma de antitermia, volvemos á quedar, como hace un siglo, limitados á combatir síntomas?

Hace, en efecto, un siglo, el notable médico austriaco Hildenbrand, una de las autoridades que más se ocuparon del tifo y que se puede siempre consultar con provecho, decía: "Mientras no tengamos nosología especial, ni teoría completa sobre una enfermedad; mientras no conozcamos sus causas, por lo menos el modo particular de desarrollarse; mientras no penetremos la conexión de sus fenómenos; mientras no conozcamos las relaciones de efecto á causa y no podamos calcular y determinar los diversos efectos secundarios que provienen de las primeras impresiones morbíficas, no tendremos, para esta enfermedad, método de tratamiento racional, ni directo. En este caso está el tifo, agregaba."

No; felizmente no nos hayamos como algunos creen, como cree, por ejemplo, Thoinot, en esta misma condición que hace un siglo para tratar á los tifosos. No conocemos, en verdad, todavía el microbio que lo engendra; no podemos, por lo mismo, oponerle un tratamiento etiológico, ni estamos en aptitud de inmunizar preventiva y curativamente á una persona, como lo hacemos para prevenir ó curar la difteria; pero podemos hacer una terapéutica vital ó celular muy científica que no hubiera podido hacerse un siglo há; sabemos como obran los parásitos que nos invaden, y sobre todo, sabemos como se defiende el organismo humano para triunfar de ellos. Los importantes trabajos de la bacteriología iniciados por Pasteur y seguidos por Roux, Metchnikoff, Behring, Bordet, Cantacuzene, Besredka, y tantos otros, nos permiten leer cada día mejor en el gran libro de los arcanos de la Naturaleza. Con placer se pueden leer los trabajos de Armand Gautier, donde se ven, se palpan los procedimientos que la fuerza medicatriz emplea para aniquilar los venenos microbianos y los autóctonos; todas las peripecias de la defensa mecánica hecha por los fagocitos y la química hecha por las catalasis de los glóbulos blancos y de los tejidos, oxidaciones, reducciones, síntesis químicas, fagocitosis, quimiotaxia, poder bactericida, modificaciones morfológicas de los elementos anatómicos,

brotos eliminadores, manifestaciones todas de esta fuerza medicatriz que el médico sorprende y que la terapéutica puede favorecer y aun provocar.

Tal vez no conozcamos todavía el germen patógeno del tifo y tengamos, si prosperaron los últimos tratados de Metchnikoff sobre las cytotoxinas que le han llevado ya al encuentro de sueros hemolíticos utilizados como homogéneos y de sueros leucolíticos que está á punto de utilizar como leucógenos; tal vez tengamos, repito, y más pronto de lo que podría esperarse, uno de estos sueros genéricos que se empleen indistintamente para combatir todo género de infecciones, puesto que sólo se trata de suministrar, con ellos, al organismo, no ya los medios de resistir á las infecciones, que parece ya poca cosa, sino los de luchar, los de multiplicar sus elementos de defensa, llenando el ventajoso papel que desempeña un convoy que llega á entrar á una plaza sitiada, no sólo con víveres, sino con municiones, con armas de más alcance y poder que los que esgrime el enemigo.

No, no estamos como dice Thoinot, en la misma condición de hace un siglo. Estamos en un período de transición, es verdad; pero libre de todo sistema terapéutico absolutista que pretenda dirigir nuestra vigilancia en medio de las múltiples complicaciones del tratamiento de las enfermedades. Estamos aperecidos para no dejarnos arrastrar por teorías ó doctrinas que han sido una rémora, como antes dije, para la ciencia; para apartar de nuestro juicio toda generalización á propósito de los hechos que observamos, y fijarnos únicamente en los hechos mismos, procurando definirlos y separarlos de las múltiples combinaciones morbosas en que se encuentran; proceder, como lo hace el químico, que estudia analíticamente la composición de una mezcla de cuerpos diversos, descomponer el conjunto de los fenómenos etiológicos y patogénicos y de las reacciones orgánicas que forman la enfermedad, estudiar aisladamente cada uno de ellos, procurar sorprender el orden de su aparición, su relativa importancia, su subordinación, enseñándose á distinguir cuáles son los que dependen de las reacciones de defensa y cuáles de la agresión morbosa.

Así, por ejemplo, concretándonos al tratamiento del tifo que es el objeto que nos preocupa, hay una parte de ese proceso morboso, complejo como todos, bien estudiado y conocido, que puede servir de base á un tratamiento racional que ayude al organismo á luchar victoriosamente con esa infección: me quiero referir á los cambios orgánicos que los estudios urológicos y de la capacidad respiratoria, han puesto en claro.

No se refieren especialmente al tifo; pero han sido practicados con otras fiebres infecciosas que tienen con aquél gran semejanza, como la dotienteria, la neumonía, las infecciones puerperales, la gripa grave. Estos estudios se deben á Achard, á Binet y sobre todo á Alberto Robin.

Estos autores han demostrado plenamente que cuando estas infecciones adquieren cierta importancia y revisten gravedad, producen siempre un aumento en la desintegración, en la desamiliación azoada, una disminución en las oxidaciones y una retención de productos tóxicos, debidos tanto á los microbios como á las actividades reaccionales y anormales de las celdillas vivas del organismo atacado.

De aquí se deducen ya indicaciones capitales para el tratamiento, que dejará de ser puramente sintomático y podrá servir de poderosa ayuda al organismo que lucha.

Para disminuir la desintegración orgánica, sin disminuir las oxidaciones, hay varios agentes terapéuticos de acción bien conocida, que llenan la indicación, y á la cabeza de éstos está la quinina, el extracto de quina, el café, el alcohol y otros varios.

La quinina á dosis fraccionada, un gramo en dos dosis con ocho horas de intervalo, disminuye siempre la desasimilación azoada total y aumenta el coeficiente de oxidación azoada; tiende á levantar la relación del ácido fosfórico respecto al ázoe total, lo que prueba su acción sobre el sistema nervioso; disminuye el azufre de la orina de 25 á 30 por ciento, mientras que el ázoe total no disminuye más de 10 á 20 por ciento, lo que demuestra claramente que restringe no sólo la destrucción de las materias albuminóideas, sino también la de los elementos ricos en azufre, y como en los tifosos se produce siempre una desnutrición exa-

gerada de principios sulfurados, esta propiedad de la quinina resulta saludable; pero agregan dichos autores, si la quinina se administra á dosis altas, un gramo á la vez, produce el resultado opuesto, disminuyen de un modo sensible las oxidaciones y restringe la absorción del oxígeno, es decir, coopera con la infección en sus desórdenes. El extracto de quina, el alcohol y el café, á pequeñas dosis, obran de la misma manera.

Mucho tiempo antes de conocer estas observaciones, había yo palpado las ventajas de la quinina en infecciones febriles que no fueran las determinadas por el protozoo de Laveran y así lo expuse, en la Sección de Terapéutica del Congreso Médico Internacional que se reunió en París el año de 1909, como consta en sus Anales, página 409, del tomo que dicha Sección publicó. Fué la casualidad la que me permitió sorprender esta virtud de la quinina.

Habiendo ejercido durante muchos años en Orizaba y en la costa toda del litoral del Golfo, donde el impaludismo reina y donde es preciso estar siempre alerta para sorprenderlo aun en sus manifestaciones más larvadas; en todos los procesos febriles, inyectada hipodérmicamente, como piedra de toque, la quinina, y como en los últimos tiempos que estuve allí, á causa del hacinamiento mayor de los habitantes, del desaseo de la gente que de la altiplanicie acudió á trabajar en las muchas fábricas instaladas, y de la construcción de atarjeas mal hechas y peor lavadas, se dieron con frecuencia muchos casos de tifo exantemático, solo ó complicado con la malaria, tuve ocasión de ver que la quinina, á pequeñas dosis, mejoraba la condición de los enfermos y aceleraba la marcha feliz de la infección. Yo mismo, que llegué á Orizaba con un tifo muy grave tomado en la capital, fuí tratado, por consejo mío, de esta manera, y los Dres. Meza, Fernández y Díaz, quedaron bastante complacidos de sus efectos.

Con la misma fiebre amarilla, para la que todos los médicos que han ejercido en Veracruz, han creído la quinina un veneno, administrada *per os*; yo la he usado á dosis pequeñas en inyección hipodérmica con los más halagüeños resultados.

Todos sabemos que de tiempo atrás, muchos médicos la reco-

miendan en el tifo como tónica, como sedante y algunos hasta como específico. Gerhard, autor de una excelente monografía sobre el tifo, escrita en la época en que asolaba la ciudad de Philadelphia, preconizó sus grandes éxitos y llegó á considerarla hasta como abortiva de la enfermedad.

En el poco tiempo que llevo de radicado aquí, he usado siempre la quinina en estas dosis y bajo esta forma, y no he tenido motivo de arrepentirme de ello: y ahora menos, porque conozco la razón científica de tal proceder.

¿Cómo favorecer y estimular las oxidaciones disminuídas en los casos graves de tifo?

Esta indicación se llena, haciendo desde luego lo que todos los médicos hacen, obsequiar las reglas de la higiene, colocar al enfermo en recámaras amplias, bien ventiladas y con aire fresco para que, en igualdad de condiciones, sea mayor la cantidad de aire respirable; cuidando la integridad y buen funcionamiento de los órganos respiratorios, para que la hematosis se haga mejor; haciéndole, cuando se nota alguna deficiencia, inhalar oxígeno; recurriendo á la balneación fría ó á las afusiones con alcohol alcanforado, vinagre aromático y agua, que es medio más práctico y de excelentes resultados también. Este es un medio precioso que reúne y realiza todas las indicaciones que reclama el estado en que hemos visto se encuentran los cambios orgánicos á causa del tifo, y disminuye y hace bajar la temperatura produciendo un gran bienestar al enfermo, no de una manera peligrosa como los antitérmicos; baja la temperatura, porque hace disminuir los actos de hidratación y de desdoblamiento que son las primeras etapas de la desintegración celular y de la producción de toxinas; porque exagera las oxidaciones transformando así en productos solubles y eliminables y poco nocivos, las toxinas bacterianas y las que engendra la desintegración celular; aumentá la tensión arterial, levanta la acción del corazón, provoca la diuresis y facilita de esta manera la eliminación de los residuos.

El aumento de las oxidaciones puede también realizarse, aunque incompletamente, por medio de substancias químicas que directa ó indirectamente aumenten dichas oxidaciones. Entre las

primeras están los medicamentos muy oxigenados que se reducen en el organismo dejando el oxígeno en libertad, como los permanganatos, los iodatos, los bromatos y los cloratos. Experimentalmente se ha visto que ceden, en efecto, parte de su oxígeno reduciéndose al estado de cloruros, bromuros, ioduros, etc., pero que gran parte de las sales pasan íntegras á las excreciones.

Entre los medicamentos que favorecen la absorción del oxígeno ó la puesta en libertad de éste, se encuentra el cloruro de sodio, los alcalinos, las sales neutras y de preferencia las de base orgánica, como el crémor, por ejemplo, tan recomendado por el Dr. Jiménez D. Migué.

La tercera indicación, la de impedir el estancamiento de los residuos orgánicos, se debe llenar solubilizándolos en primer lugar, dándoles después un disolvente que los arrastre fuera, manteniendo la energía circulatoria y procurando la integridad de funciones de los ementorios.

Para solubilizar los residuos, ya vimos que se ha recomendado oxidarlos; mas no siendo esto fácilmente practicable, se ha realizado por otro camino más rápido y seguro: el de solubilizarlos por combinación, y para lograrlo hay dos substancias que llenan la indicación á maravilla: el salicilato de sosa y el benzoato. Estas dos sales no se oxigenan en el organismo, pero se combinan en los elementos azoados cuyo tipo es la glicocola y se convierten en ácidos azoados mucho más solubles que el extractivo que entra en su composición. El ácido salicílico se encuentra en la orina bajo la forma de ácido salicílico y el benzoico bajo la de hipúrico, se ingirieron como compuestos ternarios y se eliminaron como cuaternarios, habiéndose cargado de ázoe á su paso por el cuerpo humano.

Este modo de obrar del salicilato nos explica el crédito que adquirió y tiene, para el tratamiento del tifo, no ciertamente como antiséptico, y para combatir ese sistema exteriorizado que se llama hipertermia; sino como verdadero antiperiódico, puesto que va á remover la acumulación de residuos que es una de las causas termógenas más bien definidas.

Incriminado el salicilato de ocasionar lesiones frecuentes renales y teniendo otras muchas contraindicaciones, se le ha substituído ventajosamente con el benzoato, que produce los mismos resultados y tiene menos inconvenientes, procurando no excederse nunca más de 2 gramos en la dosis diaria y absteniéndose de usarlo en los casos de irritabilidad gástrica y de albuminaria notable.

Hay otras muchas substancias químicas últimamente recomendadas con igual fin, como la toluena, la xilena, la mesithilena, la cimena, el ethil, la propilbencina, el ácido cinámico, el quínico y otros muchos; pero sobre las cuales no tengo yo práctica ninguna y no puedo emitir fundada opinión.

Una vez solubilizados los residuos, darles disolvente, y ninguno mejor que las bebidas abundantes y la leche que se usa como alimento de preferencia, en el curso de esta enfermedad.

Mantener la energía cardíaca es una indicación que rara vez deja de presentarse en los casos graves de tifo, y se llena con los tónicos generales, la estriénina, hipodérmicamente usada y con los tónicos cardíacos, esparteína, digital, etc.

Vigilar y cuidar todos los emontorios, todas las puertas de salida de los productos tóxicos, es la última y no menos importante de las indicaciones: los pulmones, piel, riñones, intestinos y para facilitar la eliminación por esta vía, recurrir de preferencia á los purgantes salinos, siendo el mejor de todos, el sulfato de sosa, tan recomendado también por el Dr. Jiménez.

En la época de la gran boga de los antisépticos, muchos médicos se olvidaron de los purgantes y trataron de sustituirlos con aquéllos. Mala práctica que no han sancionado ni el éxito ni la experimentación. Los productos engendrados por las putrefacciones intestinales, se eliminan por la orina en estado de sulfo-conjugados; administrando los antisépticos, estos sulfo-conjugados no disminuyen y sí desaparecen con los purgantes. Estos tienen la ventaja de expeler las materias fermentescibles contenidas en los intestinos, á la vez que los fermentos y los microbios que las acompañan, excitan las secreciones eliminadoras del hígado y de los intestinos, y algunos, como el sulfato de so-

sa, excitan la secreción urinaria cuando ha terminado su acción purgante.

*
* *

Hubiera yo deseado completar este imperfecto trabajo, dando á conocer el plan terapéutico seguido por los médicos que tienen á su cargo las salas de tifo en el Hospital Juárez, con las cifras de la mortalidad que acusa la estadística; decir algo acerca de los resultados favorables que ha obtenido el Sr. Dr. Baumgarten en el Hospital de la Beneficencia Francesa y en su práctica civil, tratando los tíficos con las inyecciones intravenosas de plata coloidal; ocuparme, aunque fuera á grandes rasgos, de los accidentes ó complicaciones más comunes del tifo y los medios de combatirlas; pero me saldría de los límites que me he impuesto, haría más largo, de lo que es ya este trabajo y cansaría vuestra benévola atención.

No terminaré, sin embargo, sin decir unas cuantas palabras acerca de un poderoso medicamento antitérmico, acerca del cual tuve la honra de presentar un ligero estudio á esta Academia cinco años atrás, y que está en uso por la mayor parte de los médicos en el tratamiento del tifo en la actualidad: la dimethyl-amido-antipirina, ó sea el piramidón, derivado de la antipirina, como su nombre lo indica, que fué presentado por Bardet y Robin á la sección de Terapéutica del último Congreso Médico Internacional de París.

Los médicos que hayan usado discrecionalmente esta substancia podrán atestiguar sus brillantes resultados, sin ninguno de los peligros é inconvenientes de la antipirina, y la explicación completa de esta antítesis se tiene por el diferente modo con que cada uno de ellos obra sobre los cambios orgánicos, disminuídos siempre por la antipirina y exaltados por el piramidón; esto quedó plenamente demostrado con los estudios urológicos y los del quimismo respiratorio emprendidos por el notable químico Bertherand.

Teniendo cuidado de asegurarse de la integridad de los riño-

nes, porque sin esa condición resulta también tóxico el piramidón; como lo ha demostrado Huchard, puede hacerse evolucionar el tifo tranquilamente, procurando no dejar sostenerse mucho tiempo la temperatura arriba de 39° ni bajarla de 38°, con dosis de 25 á 30 centigramos de esta substancia, repetida, si preciso fuera, con intervalos de 3 á 4 horas. Duermen tranquilamente los enfermos—la cefalalgia desaparece, transpiran constantemente—sin que disminuya de manera sensible la orina, y, repito, se hace más tolerable su situación, porque evita las más graves y molestas manifestaciones de esta terrible enfermedad.

*
* *

Teniendo sobre que basar científicamente, como queda demostrado, un tratamiento que ayude al organismo en la lucha que tiene que sostener con el germen infeccioso del tifo, estamos muy lejos ya del tiempo en que la terapéutica estaba condenada á una verdadera expectación inofensiva, y estamos muy cerca también del momento en que la ciencia nos suministre los medios de inmunizar preventiva y curativamente á nuestros semejantes contra esta enfermedad, y nos autoriza á creerlo y esperarlo así, la pasmosa rapidez con que se han sucedido los grandes progresos en este ramo de la ciencia.

Decía Cicerón que nada había en la tierra que se hubiera á la vez inventado y perfeccionado; se explica su aserto dada la época en que vivió. En bacteriología, lo que hoy se ha descubierto lo hemos visto llegar á la perfección en un momento, que como tal pudieran contarse unos cuantos años.

Decía Biot que nada es más claro que lo que se encontró hoy, ni nada más difícil de ver que lo que se encontrará mañana. Tampoco esta sentencia es aplicable á nuestro caso, porque son tan capitales las conquistas hechas, que han transparentado lo porvenir y nos permiten ver con claridad meridiana lo que vendrá en los tiempos futuros.

Hemos tocado ya el ideal de la terapéutica, que és prevenir el desarrollo de un proceso morboso; hemós logrado suprimir las

supuraciones traumáticas, enfrenar la pihohemia y la fiebre puerperal, inmunizar contra la rabia después de inoculada; curar la difteria; tratar favorablemente la infección estreptocócica, el cólera morbus; hemos logrado atenuar gran número de complicaciones infecciosas de enfermedades muy diversas, por medio de la antisepsia. ¿Dónde está otra doctrina médica que presente en su activo tantos y tan portentosos adelantos realizados en un cuarto de siglo?

Hermoso lote dejado al presente siglo por el pasado XIX, que científica y humanitariamente debe llamársele *siglo de Pasteur*, siglo que inició y abrió la campaña contra los infinitamente pequeños, que tanto daño nos hacen, y donde quedó demostrado, de irrefutable manera, el poder infinito del espíritu humano en una de las evoluciones más grandiosas de las ciencias médicas.

México, Junio 27 de 1906.

G. MENDIZÁBAL.